

eso, cada paso que daba Mendoza en aquel momento, hacia el cerro de la oriental Alhambra, por la cuesta un tanto larga de los Mártires, no queriendo herir la susceptibilidad puntillosa del vencido moro, dábalo hacia un Estado nuevo, hacia un tiempo nuevo, hacia un nuevo ideal, que debían concluir con la Edad Media, y renovando el espíritu así en las artes como en las ciencias, así en la guerra como en la política, y así en el conocimiento de los cielos como en el conocimiento de la tierra, debía traer este moderno espíritu, el cual lleva cuatro siglos casi de un gradual desarrollo y todavía no ha llegado á la entera plenitud de toda su vida y á la completa extensión de toda su grandeza. El inmenso castillo de la feudalidad, que hundía sus raíces en el suelo, y llevaba sus torres del Homaje con sus horcas para los plebeyos por las alturas de todos los horizontes, cuarteado á los retumbos y estallidos de la pólvora, iba definitivamente á hundirse y enterrarse allí, á la sombra del pabellón real, próximo á desplegarse con brío en la torre de la Vela para mostrar la supremacía de la unidad nacional sobre todas nuestras tierras con la supremacía del poder monárquico sobre todos nuestros viejos poderes.

Pero continuemos nuestra narración. Al llegar Mendoza con su hueste á la puente, por donde, sobre los fosos, debía pasar con todos los suyos á la fortaleza, dió de manos á boca con Boabdil, quien salía, seguido por un gran tropel de moros princi-

pales. Viéndole, veíase la imagen misma del desaliento. Aunque apuesto y erguido de suyo, la pesadumbre del dolor inmenso le hacía como encorvar las espaldas. Aunque joven, pues apenas alcanzaba treinta años, tenía demacrado y arrugadísimo el rostro como un viejo, merced á la tensión de su pensamiento en todo el sitio y á los surcos abiertos por las penas en las noches últimas. Aunque de un color moreno, el insomnio le había vuelto como verdoso, y diluído unas moradas ojeras en torno de aquellos sus negros y profundos ojos, hundidos á la sazón y muertos. Por su negra barba se veían blanquear varios cabellos blancos y por los tendones rígidos del cuello se notaba el esfuerzo empleado para reprimir y ahogar los amargos y violentos suspiros. Sus labios se caían con menosprecio como á quien, atenaceado por una grande aflicción suprema, no le va nada en la vida ni aguarda nada del mundo. Maldecido por el hado adverso, en ciertos momentos creía cumplir una especie de ministerio divino en la observancia y en el cumplimiento de sus fatales decretos. Mas realmente no podía sobreponerse á su dolor. Así que se imaginaba solo, y creía que nadie le miraba, quedábase rígido é inmóvil como el frío de la muerte. Una languidez, en la que se notaba con el desmayo del espíritu el desmayo del cuerpo, apoderábase de todo su sér y sin que pudiese impedirlo el empeño y el esfuerzo propios, suspiros hondos y amargos salían de su despedazado pecho. El grupo formado

por él y por los suyos junto al cardenal y su comitiva, tenía todo el color de los grupos orientales. Turbantes de mil colores, acusando la dignidad y estirpe de aquellos que los ceñían; alquiceles de blanquísima lana y marlotas de bordados realces; túnicas al cuerpo ceñidas por talies de pedrería; damasquinadas adargas, embutidas en oro y plata con leyendas koránicas; gualdrapas tunecinas, que relumbraban maravillosamente; arcos vistosísimos y apropiados al color de los caballos; bandas é insignias; todo el esplendor de aquella ciudad refinadísima, desplegábase ahora, en el momento mismo de acabar su vida é iniciarse los tristes y últimos funerales debidos á su muerte. El sitio de la escena denominábase Abaul, y sobre aquel sitio campeaban, de un lado airosa mezquita, y de otro lado la torre célebre de los Siete Suelos. Viendo venir el cardenal de Toledo á los primates granadinos, tan humillados, no pudo menos que dirigirles algunas palabras muy discretas y reservadas, pues, la misma natural conmiseración á la desgracia podía creerse un rebajamiento infligido al antiguo poder y fortuna. Bajaba Boabdil en busca de los Reyes, cuando encontró al cardenal; y anheloso indudablemente de romper su pecho, y desahogarlo con alguna expansión y alguna confianza, díjole al prelado:

—Vais á ocupar esos alcázares, en que nací y en que debiera yo haber muerto. Tomadlos á nombre de los esclarecidos Reyes, á quienes aquel, que

todo lo puede, ha querido entregarlos, parte por los merecimientos suyos, y parte también por los pecados nuestros.

En estas palabras, conservadas por la historia, descúbrese desde luego cómo el fatalismo ismaelita, poderoso para mover al combate y á la guerra, también es poderoso para infligir una conformidad y una resignación á la desgracia, que hace perdurables y casi eternos los estados tristes del alma en los individuos, y los decaimientos y las postraciones en los pueblos.

Pocos pasos después encontró Boabdil al Rey D. Fernando, acompañado por brillante comitiva. Una legión de pajes con sus dalmáticas bordadas de realce le precedían á pié, abriéndole camino en aquella procesión triunfal hacia la cumbre de su gloriosa conquista. Los primeros ricos-hombres de Castilla y Aragón, montados en sus corceles de fiesta, y vestidos con sus preseas de gala, circuían al monarca, llevando tales blasones é insignias, cortes tan lujosas, banderas tan variadas, maceros tan blasonados, que parecían el grupo aquel un ejército de verdaderos reyes. Fernando se había vestido su traje regío, y el rojo manto con vueltas de armiño cubría casi el caballo, mientras las coronas innumerables de su casa y familia se notaban prendidas en abreviadas pero relucientes joyas á su espléndida gorra cubierta de plumajes. Boabdil, por lo contrario, vestía de negro, traje conforme con su dignidad y situación, llevando un capacete

de acero damasquinado á la cabeza con leyendas propias de su rango, y esparcidos por todo el cuerpo aquellos amuletos orientales, cuya eficacia no había visto jamás, pero en cuya virtud y fuerza confiaba el cuitado, aun después de sus irreparables desgracias. Boabdil quiso apearse al ver á Fernando, y aun sacó el pié de su estribo para bajar y ponerse de hinojos ante quien le había roto y humillado; pero le detuvo un imperioso ademán del monarca cristiano. Entonces, conturbado el Rey Chico por aquellas muestras de afecto y benevolencia, pidió con grandísimo encarecimiento besar la real mano; pero Fernando le dijo cómo se usaban aquellos homenajes de vasallo á señor, pero nunca entre iguales. Acercó entonces Boabdil su caballo al caballo del aragonés, y tendiendo con grandísimo empeño la cabeza, besóle con ardiente ósculo en el derecho brazo. Cuando ya hubo cumplido este acto de cortesía, que imaginaba impuesto por el vencimiento al vencido, palpóse con presteza el cinto y creció su amarillor al encontrar lo que buscaba, las dos principales llaves de la ciudad mágica, las dos llaves que abrían las dos puertas de aquel paraíso, donde lanzaban el espíritu mahometano y la mahometana cultura sus últimas fulguraciones, su resplandor postrimero. Al entregar las dos llaves, Boabdil debió creer que daba con ellas las mezquitas de su Dios, los sepulcros de sus padres, la honra de su raza, y debió maldecirse á sí mismo por la mala hora en que Hacem lo

engendrara y por la mala estrella que presidiera desde los cielos á su nacimiento, designándole para que acabara en sus manos la obra milagrosa de Muza y de Tarik, los restos del Imperio que habían los Abderramanes y los Almanzores impuesto á toda España entre la maravilla y asombro de todo el Universo. Cuando ya se había desprendido Boabdil de sus llaves, después de un vértigo, como si la vida se le acabara y se le fuera, volvió á excusar su desgracia con los decretos de la Providencia, y volvió á imputar al destino aquella irreparable catástrofe. Los tres axiomas del Islamismo, que paralizan la más firme voluntad, gastando los resortes motores de la vida humana, ó sean, las grandes libertades; los tres flotaban sobre aquel grupo de árabes destinados á hacer entrega solemne de su patria incomparable á los enemigos implacables y eternos. El santón, vestido con túnica de lana blanca, entre cuyos pliegues parecía como una estatua funeraria, rozando el suelo con sus mangas perdidas, y envuelta la cabeza en el turbante de lino análogo á la tiara de nubes que la montaña ciñe á su cumbre, no quería explicarse la causa de tamaña ruina y exclamaba: «Dios lo sabe». Á su vez el guerrero, que llevaba todavía su cota de malla en el cuerpo, su escudo en el brazo, la vibrante lanza en la diestra y al costado el corvo alfanje, viendo su valor y sus medios, conformábase con arrinconarlos á un lado, sin haberlos esgrimido bastante, con esta frase fatalista: «Dios lo puede todo». Y Boabdil,

que representaba la fuerza de aquel Estado, la voluntad unánime de aquel pueblo, el poder de aquella sociedad tan ilustre y grandiosa en otro tiempo, al ver cómo las torres del palacio de sus mayores se desvanecían á su vista y como la corona de Alhama, en los edenes granadinos reclusa trescientos años frente á las victorias cristianas, se caía de sus sienas, en vez de revolverse airado contra la suerte y luchar aún con porfía, exclamaba: «Dios lo quiere». Cumplida la entrega de las llaves; preguntó Boabdil por el caballero que debía gobernar, bajo la noble advocación de los Reyes Católicos, á Granada, y como le indicaran ser el conde célebre de Tendilla, D. Íñigo López de Mendoza, dirigióse á él, y sacándose una sortija de oro con preciosa piedra que al dedo llevaba, le dijo esta frase conservada también por la historia:

—Con este sello se ha gobernado Granada. Tomadlo para que la gobernéis vos y Alah prospere vuestro poder más que ha prosperado el mío.

Siguió el Zogoibí su camino de amargura; y después de haber encontrado al cardenal Mendoza en la puerta de los Siete Suelos y al Rey Fernando por las alturas de San Sebastián, encontró á la Reina Católica en Armillas, dentro ya de la Vega, y camino del real de Santa Fe. Vestía Isabel como Fernando, su traje de gala, y asentada en su caballo como en un trono, lucía sobre sus sienas aquella corona, que bien pronto debía ser la corona de dos mundos. Su hijo, el infante D. Juan, vestido con

oriental riqueza, y relumbrante de pedrería, caracoleaba en su corcel á la derecha, mientras á la izquierda se veían las infantas ornadas con trajes caprichosos y ricos, en que se combinaban los brocados florentinos con las gasas y los tisúes árabes. Una muchedumbre de mozos nobilísimos y de damas componían su corte, y aumentaban, si era posible, su esplendor. Por un sentimiento de natural delicadeza, los Reyes habían convenido en que allí se compensaran las tristezas del vencido con un acto verdaderamente grato á su corazón. El joven primogénito, que desde los pactos cordobeses había estado como prenda en poder de sus enemigos, fué puesto allí mismo en libertad y entregado por Isabel á su padre. Boabdil, á pesar de sus grandes angustias y del esfuerzo que le costara traspasar las llaves de su ciudad al vencedor, no vertió una lágrima siquiera, y ahogó mil veces con valeroso esfuerzo los suspiros escapados á su roto pecho. Pero entonces, en aquella ocasión, viendo á su hijo, al hijo de Moraima su amada, fruto de sus primeros amores, flor en que se perpetuaba y rehacía su vida, renuevo de su sér; y, á pesar de todo esto, quien más perdía en aquel acto, el más castigado aunque por su inocencia el menos culpable, nacido en el trono y puesto en el duro trance de contentarse con triste destierro al África, lejos de aquel paraíso fundado por sus gloriosos abuelos, rompió todos los diques al dolor, abriendo de par en par las puertas del respeto á sí mismo y de la conside-

ración á los demás que hasta entonces habían como retenido y refrenado las amargas cataratas de su llanto. Cubriendo su cara con la cara del pobre primogénito, lloró á todo llorar sobre ella; y desahogó así un tanto su pecho y sus ojos. Esta escena tierna impidió que dirigiera el Rey moro á la Reina Isabel aquellas frases, que había dirigido antes al Rey Fernando y al cardenal Mendoza, pues los caballeros castellanos abreviaron el dolor abreviando la trágica escena. Y en efecto, el adelantado de Cazorla, bajo cuyo poder pusiera el Rey cristiano al Rey Chico, le invitó á continuar hasta Santa Fe, donde, según las instrucciones recibidas, alojóle con grandísima cortesía y regalo, en la tienda del Cardenal, según lo convenido.

El día iba creciendo; y la cruz, llevada por Mendoza en sus manos, con el fin de coronar y rematar la historia de siete siglos, no aparecía en las cumbres y adarves del palacio mahometano. Isabel, que aguardaba con impaciencia verla, engañó este deseo, primero esperando la entrevista de Boabdil, y después con la entrevista. Así, en cuanto el Rey moro pasó, y no tuvo ni objeto ni asunto con que pacientarse y en que distraerse, volvió á fijar la vista en las torres, y á sentir disgusto por el recelo de si podía suceder un contratiempo cualquiera en aquella grande ocasión al insigne cardenal Mendoza. Los moros aparecidos por todas partes en las primeras horas de la mañana, curiosos y anhelantes por ver al ejército cristiano desplegar sus hues-

tes y lucir sus armaduras, conforme la cruz iba entrando so aquellos arcos orientales, iban ellos desapareciendo para enterrarse dentro de sus casas, como dentro de un sepulcro. Granada parecía una ciudad sin habitantes, entre diez y once de aquella milagrosa é inolvidable mañana de su rescate. Y las horas pasaban, y la cruz no se veía relucir sobre las torres Bermejas, bañadas por un sol, que iba majestuosamente subiendo á su zenit. Imaginaba ya Isabel, en su impaciencia, que la capitulación no se había cumplido, y que había llegado el cardenal á ser víctima de alguna emboscada. Pero, á eso del mediodía, sobre aquel torreón, que se denomina la Vela, el signo de la Cruz apareció relumbrante, como un astro diurno, que compitiera con el sol brillantísimo; y al verlo relumbrar allí, en la fortaleza más alta y más hermosa del Koran; rodeado por el fuego místico de tantos martirios y por las almas innumerables de tantas generaciones heroicas; todos los soldados y todos los magnates, reyes, príncipes, obispos, ricos-hombres, cuantos sentían la fe católica y la patria española en su pecho, se pusieron de hinojos sobre la tierra, cruzaron sus manos, y al son místico de las trompetas y de los clarines trocados en trompetas y clarines de un órgano inmenso, entonaron piadoso *Te-Deum*, el cual parecía salir del seno de toda la nación, que había combatido siete siglos por su independencia y unidad santísimas, desde Covadonga hasta Granada. En aquel día sublime hubo también una re-

surrección. Los sepulcros se abrieron y resucitaron los muertos. Sí, quinientos cautivos repitieron en sus mazmorras el *Te-Deum* de la Vega; y cuando este no había concluido todavía, salieron en libertad, entonando los cánticos de su religión y poniendo sus cadenas rotas en los altares de la patria. Desde los tiempos de las Navas, en que los diez mil negros de la Nubia y los cien mil almohades del Atlas huían al ímpetu de las tropas españolas entre las sombras de aquella noche, solo interrumpidas por los reflejos del incendio, y el gran Miramolin, que había soñado con ir desde Tremecen á Toledo, y desde Toledo á Roma, huye despavorido al desierto dejando su tienda y su Koran; desde aquella noche no se había oído un *Te-Deum* como éste, sacro y solemne cántico religioso, cuyas estrofas sublimes significaban el rescate de nuestra libertad y la coronación y perfeccionamiento de nuestra patria.

CAPÍTULO XXVI.

En todas las escenas descritas, en todas las hazañas puestas por obra y que han á una cantado las estrofas de nuestros romanceros y las páginas de nuestra historia, Illán tomó la considerable parte á que le daban derecho sus esfuerzos y sus servicios. Cualquiera que observe la epopeya inmortal de esta campaña granadina, echará de ver cómo la empezaron los nobles y como la concluyeron los reyes. Pues bien, lo mismo en la una que en la otra fase, no dejó Illán de pelear un punto, asistiendo á las heroicas incidencias del sitio puesto por Fernando á Málaga, igualmente que á la serie de batallas cuyo término y coronamiento fuera la toma de Almería, Guadix y Baza, cuya totalidad indicaba ya el camino triunfal conducente desde tales murallas á las torres Bermejas. Y no hablemos de la vega y del sitio final, do en porfía y competencia nuestro héroe con los Ponces, Pulgares, Portocarreros y